

# SANTO DOMINGO



Coronel ALVARO VALENCIA TOVAR

## UNA ESPINA EN EL FLANCO LIBRE DE AMERICA

### Introducción.

La gran isla antillana a cuya rica y trágica historia se liga indisolublemente la de todo el hemisferio americano, es hoy escenario de un drama cuyas proyecciones presentes y futuras no pueden ignorarse. Lo que ocurra en Santo Domingo, la forma como se desenvuelvan las difíciles situaciones que allí se han producido, el desenlace final a que haya de llegarse, interesan de manera decisiva al Continente, y alcanzan repercusiones mundiales.

No es fácil intentar un estudio del problema desde la distancia, sin contacto con las partes en conflicto ni conocimiento directo de las circunstancias que agitan el turbulento acontecer del país. Por lo tanto, el presente estudio omite un juicio sobre la razón que pueda asistir a las fuerzas de ruptura que han producido el hecho po-

lítico de mayor trascendencia hemisférica desde la fracasada empresa en la Bahía de Cochinos.

Por lo tanto, se busca tan solo analizar el problema desde el punto de vista de sus implicaciones internacionales, en tal forma que las referencias obligadas a las dos corrientes que se disputan el poder político en la República Dominicana, prescindirán de todo sentido calificativo o enjuiciatorio, reduciéndose a los hechos visibles y no a las motivaciones más sutiles o profundas que los alienten.

### La Herencia Histórica.

Descubierta la isla el 5 de diciembre de 1492, su historia se inicia con un sangriento episodio que rompe los primeros contactos amistosos con un pueblo aborigen cuya bondad cautivó al propio Almirante del Mar Océano. Al naufragar la Santamaría sobre las costas de Quisqueya en la navidad de

1492, Colón levantó, al decir de Salvador de Madariaga, "un castillo de fantasía y una catedral de fé", cristalizada en la Villa de la Navidad, primera fortaleza y raíz hispana sobre el Nuevo Mundo. Cuando un año después, el 27 de noviembre, retornó el Almirante en su segundo viaje, las 38 vidas aventureras de aquellos primeros náufragos-colonos habían desaparecido sin dejar huella distinta de unos cuantos restos carbonizados de la fortaleza.

Funda entonces Colón "La Isabela". Las oscuras razones que habían determinado la destrucción del Fuerte de la Navidad - imaginables en la lúbrica codicia hispana y en su insaciable ansia de posesión sobre el oro de la tierra y el bronce desnudo de las razas aborígenes - no tardaron en desatar la guerra, cuyas jornadas de sangre enrojecen las páginas de la conquista, en un agitado preludio de lo que habría de venir.

No acaban los españoles de dominar los ariscos guerreros ni de reducir las sucesivas revueltas de los fuertes caciques nativos, cuando ya están peleándose entre sí o alzándose contra la dinastía familiar de los Colón, cuyo predominio emanado de autoridad real, poco cuadra al caudillismo aventurero de los más encontrados tipos humanos, que proliferan en las huestes amorfas, ávidas de fortuna y libertinaje, que se han hecho a la mar en busca de los tesoros del Gran Khan, cuyos dominios periféricos se cree estar pisando en aquellos primeros años en que la presencia de un nuevo mundo no ha llegado a establecerse.

Europa se desborda sobre una América aun ignorada, en actos de violencia propios de una época guerrera y feroz. Se combate a los indios hasta el exterminio, y se lucha internamente entre las huestes conquistadoras por la autoridad, por la tierra cuya

infinitud no se ha medido todavía, por el oro, por la mujer nativa. En aquel ambiente hazañoso y un tanto anárquico, se van echando los cimientos de América, cuya argamaza de esclavitud, codicia, impiedad, fanatismo, religiosidad, pasión y fiereza, se han de proyectar a través de los años sobre el futuro del imperio hispánico de la herencia que de él van a recibir las nuevas naciones en que se desmembrará el coloso vencido.

Entre todos aquellos episodios que acompañan los primeros pasos vacilantes de la historia dominicana, llama poderosamente la atención el que protagoniza la fuerte y extraordinaria personalidad de Francisco Roldán, Alcalde Mayor de La Isabela, contra los tiránicos poderes de Bartolomé Colón, en ausencia de su hermano el Gran Almirante.

Existen para la revuelta, condiciones ambientales que desde que el mundo es mundo han propiciado todas las revoluciones. Hay hambre porque aquellos años de conquista y aventura han sido una desazonada búsqueda de oro, pero no han creado riqueza. A medida que el poblamiento crece, la primitiva agricultura indígena decrece por la alteración profunda de la existencia aborígen, producida por aquella marejada de conquista. El español busca enriquecerse pero no le atrae el rudo trabajo agrícola. El hambre, también desde que el mundo es mundo, genera descontento.

En 1496, el Adelantado Don Bartolomé Colón había echado los cimientos de Santo Domingo, sobre la margen oriental del Río Ozama. "Hombre Ejecutivo, más duro que el Virrey, con casi tanto fuego, menos aire, menos agua y más tierra en su composición" según acertado juicio de Madariaga, el Adelantado dejó la ciudad en desarrollo y se lanzó a la aventura por la isla aun inexplorada, hacia el reino de

Xaraguá, atraído a la par por el oro que se decía abundante en aquellos parajes, y por la belleza tórrida de la reina Anacaonia. En él entretanto, la Isabela fundada por el Almirante entra en franca decadencia. Las gentes emigran hacia Santo Domingo, donde también se sufre escasez. El mal humor crece. Los indios se sublevan, y el Alcalde Mayor, Don Francisco Roldán levanta las banderas de la rebeldía, invocando, como lo harían más tarde los insurgentes de toda la América, el nombre del Rey.

Bartolomé Colón es la autoridad legítima, despótica, feudalista en el concepto de la propiedad absoluta y del dominio indisputable. Roldán es el descontento del hambre, el portavoz de las ansiedades colectivas, la materialización vociferante de las inquietudes crecientes. Cuántas veces en la historia de América, estos dos concep-

tos han de enfrentarse violentamente! El enjuiciamiento de los cronistas contemporáneos de Roldán y los Colones, es el de rigor ante tales acontecimientos. Para los Apologistas del Almirante, Roldán es un renegado, un ambicioso, un traidor malagradecido a quienes habían sido sus benefactores. Para otros historiadores, Roldán representa el primer demócrata que existió en América, empeñado en dar a los españoles que comenzaban a asentarse en las nuevas tierras un gobierno propio, y a los indígenas atropellados y en vía de la esclavitud y la extinción, una sombra de protección y libertad.

Frente al mercantilismo monopolístico de los Colones, Roldán representa algo así como una "unidad vincular de orden social" según la define Sánchez-Barba. La idea es nueva y revolucionaria en aquel 1498. Enciende la



Tomado de Visión

revuelta con la promesa de distribución de tierras y la reivindicación social de los indígenas. Así, la América aborígen conoce por primera vez los conflictos del hambre y de las desigualdades, que cinco siglos más tarde han de ser el denominador común de su inmenso drama.

El problema se arregla cuando el Almirante regresa en su tercer viaje, y después de mucho vacilar entre la fuerza y el arreglo pacífico, opta contra su querer por este último, pues la fuerza le falta, y la revuelta de Rol-dán cobra proporciones amenazadoras.

La vida prosigue su curso y La Española su historia turbulenta. Los indios y el oro se agotan rápidamente. Quisqueya, región oriental de la Isla, pasa a ser el centro de acometimiento de la formidable empresa de conquista del continente dibujado por Américo Vespucio. De allí sale Hernán Cortés para quemar las naves sobre la costa mexicana, y derribar el imperio azteca. Parten también Diego de Velásquez sobre Cuba, Ponce de León que conquista Puerto Rico y la Florida, Alonso de Ojeda para Tierra Firme, Juan de Esquivel hacia Jamaica, Vasco Núñez de Balboa a descubrir al Pacífico y Francisco Pizarro hacia el Perú. La fiebre del oro, la riqueza de las nuevas tierras, el fenómeno expansivo total de la conquista impulsa las expediciones, y aquella primera colonia hispánica comienza a decaer y a despoblarse.

Revueltas intestinas, depredaciones de filibusteros y corsarios, huracanes de tremenda violencia destructora, período de bonanza, invasión esclava del Africa, asentamiento de piratas franceses sobre la costa occidental acompañan el accidentado discurrir de los siglos XVI y XVII, en el segundo de los cuales no faltan diversas invasiones inglesas y francesas, de las que resulta el dominio francés de hecho

sobre la antigua comarca indígena de Haití. Hay sangrientas luchas franco-españolas, que más tarde habrán de reeditarse en las feroces invasiones haitianas de la era independiente.

El tratado de Ryswick en 1694, aunque así no lo hubiese especificado su texto, produce la segregación de hecho del Haití occidental que pasa a ser posesión francesa.

El siglo XVIII no se diferencia mayormente en todo el ámbito de la América Española, pero en Santo Domingo se manifiestan con mayor intensidad las consecuencias de las guerras europeas, reflejadas en el influjo que su posición insular ejerce sobre el ámbito del Caribe y sobre las rutas de navegación de los imperios.

Exactamente cuatro siglos después del episodio de la revolución roldanista, se repite la historia, en la cual se hacen presentes nuevos elementos al lado de los sociales y económicos. La más antigua de las colonias españolas en América se ha hecho francesa en virtud del Tratado de Basilea el 22 de julio de 1795. Como consecuencia de este hecho, y quizá bajo el soplo de nuevos vientos desatados por la Revolución Francesa, es este primer estribo de la dominación europea el que experimenta la primera conmoción libertaria. En áspero contraste con las posteriores revoluciones intelectualizantes de las colonias indoibéricas, es el turbián africano el que se desata desde el occidente haitiano bajo el mando sanguinario de Toussaint Lovetoure, cuyas rojas enseñanzas de guerra dominan y se esparcen por toda la isla, obertura sangrienta del siglo XIX, a lo largo del cual aquel airado monzón negro bate por incontables ocasiones la isla, como si cobrara en dura moneda de rencor y venganza antiguas deudas de oprobio contraídas con la raza blanca entre las lóbregas bodegas de los

galeones que los arrancaron de sus selvas para conducirlos a la esclavitud.

La lucha dominicana por la libertad es una verdadera vía dolorosa, golpeada por reveses e infortunios sin cuento, en una marcha tambaleante que conoce todas las formas de gobierno e intenta todos los caminos. A Lovetoure suceden Dessalines, Boyer, Desgrottes, Hérard, Souloque. El terror haitiano golpea sin cesar el oriente español de la isla en oleadas sangrientas. En los períodos intermedios hay toda suerte de alternativas. El 19 de diciembre de 1821, las historias de Santo Domingo y de la Gran Colombia confluyen por un fugaz período, cuando José Núñez de Cáceres proclama la unión de las dos repúblicas, pero ésta no puede consumarse en momentos en que el Ejército Libertador se hallaba comprometido en las Campañas del Sur, y una nueva invasión haitiana pone fin en 1822 a la ilusoria anexión.

Las alternativas oscilan desde la plena libertad proclamada el 27 de febrero de 1844 por Juan Pablo Duarte, quizá el más eximio patriota dominicano, hasta la reintegración al dominio español, consumada por el General Santana en su tercera presidencia, el 18 de marzo de 1861. El país no se encuentra a sí mismo. Las revoluciones se suceden a un ritmo impresionante. Hay alzamientos militares continuos. Una trágica inestabilidad satura la historia republicana, retarda el progreso, desangra la nación, y abre finalmente la ruta a la intervención extranjera, que toma cuerpo por primera vez en los albores del Siglo XX, cuando se produce en 1904 la virtual incautación de las Aduanas por los Estados Unidos, para asegurar el pago de la deuda externa, adquirida con este país y con varias naciones europeas como consecuencia de un siglo de con-

mociones interiores, inestabilidad y confusión política.

#### **Antecedentes del actual conflicto.**

En 1915, dentro de los duros lineamientos de la política que había permitido al gobierno de Teodoro Roosevelt producir la escisión de Panamá, fuerzas de Infantería de Marina desembarcaron en Haití, y el Presidente Wilson expresó al Gobierno Dominicano, presidido entonces por Don Juan Isidro Jiménez, que "..... podía contar con el apoyo completo del Gobierno de los Estados Unidos para debelar cualquier revolución..... para lo cual le ofrecía toda la ayuda y las fuerzas necesarias para sofocar cualquier revolución o cualquier conspiración que pretendiera estorbar la administración ordenada del Gobierno".

Este ofrecimiento, declinado entonces por el mandatario dominicano, se cristaliza sin solicitud ni consulta alguna durante los hechos revolucionarios que se iniciaron el 14 de abril del año siguiente contra el gobierno legítimo. Infantes de Marina protegieron la Embajada de su país y fuerzas norteamericanas intervinieron en tal forma en el asedio que las Fuerzas del Gobierno producían sobre la capital, que la situación terminó por inducir al Presidente Jiménez a presentar su renuncia el 7 de mayo de aquel año de 1916. El 15, las tropas norteamericanas hicieron su entrada a la Capital, en manos rebeldes bajo el mando del General Arias. Una rápida campaña redujo los núcleos insurgentes del interior del país, y el 19 de noviembre el Capitán de Navío H. S. Knapp proclamó desde el acorazado "Olimpia", el estado de ocupación militar en la República Dominicana.

La ocupación terminó el 12 de julio de 1924, o sea casi ocho años más tarde, en virtud del llamado "Plan de Evacuación Hughes Peynado", que en

esta fecha recibió la ratificación de las Cámaras Dominicanas.

La política llamada del "Gran Garrote" languidecía al terminarse las tres primeras décadas del presente siglo, y el advenimiento de Franklin D. Roosevelt a la presidencia de los Estados Unidos produjo un giro fundamental en la actitud norteamericana hacia el mundo indoibérico. A la dura doctrina Wilson que había hecho posibles los desembarcos de la Infantería de Marina en Haití, Santo Domingo y Nicaragua, siguió el "nuevo tratado" y la política de buena vecindad. En Montevideo, 1933, se formulaba finalmente la doctrina de la no intervención, celosamente vigilada y aplicada desde entonces por los Estados del continente.

Santo Domingo, entretanto, iniciaba en 1930 con el llamado movimiento cívico del 23 de febrero, la marcha hacia la dictadura caudillista y unipersonal del Generalísimo Rafael Leonidas Trujillo, que el 16 de agosto de ese año asume por primera vez la presidencia de la República, para dominar durante treinta años con mano de hierro, el escenario político dominicano.

Los últimos vestigios de la intervención norteamericana desaparecen en 1940, al regresar el control de las Aduanas al Gobierno Dominicano.

La era trujillista comienza a conocer su ocaso en 1960, cuando Venezuela demuestra ante la Conferencia Interamericana de Cancilleres reunida en San José de Costa Rica, la participación del Gobierno de Trujillo en el atentado contra el Presidente Betancourt, por lo cual se acuerda el rompimiento de relaciones diplomáticas con la República Dominicana, y la aplicación de sanciones económicas que acentúan el malestar interior.

El "Generalísimo y Benefactor" cae asesinado en la noche del 30 de mayo de 1961 en una de las avenidas prin-

cipales de la Ciudad Trujillo, nombre que había sustituido al histórico de Santo Domingo para la capital dominicana, en momentos en que teóricamente no ocupaba la presidencia. Entre los conjurados apareció el nombre de Antonio Imbert Barrera, que juega un papel decisivo en los acontecimientos políticos del momento actual.

Un difícil proceso de democratización se inicia en Santo Domingo. La formidable maquinaria del régimen desaparecido con el caudillo que lo hacía posible, comienza a desmontarse, pero los vientos aciagos que tantas veces han soplado sobre la desventurada Española comienzan a batirla de nuevo. La democracia no se improvisa, y tan larga dictadura ha incapacitado dramáticamente al país para aplicarla. Hay intereses que no han desaparecido, y otros nuevos comienzan a gestarse bajo la atmósfera ligera de una libertad casi olvidada. Un pasado de permanente conmoción interior, que el puño de hierro de Trujillo había conseguido restringir, vuelve a cobrar vida en la sombra. El caso cubano gravita poderosamente en el ámbito político de América, y en esta forma el conflicto interior de la isla antillana rebasa sus costas y comienza a preocupar al continente.

En estas circunstancias, el Gobierno democráticamente elegido del Profesor Juan Bosch, inaugurado en 1963, no tarda en caer, tildado de comunista, y una Junta de Gobierno asume la dirección del Estado.

### **Del Problema Político a la Intervención Militar.**

El 24 de abril de 1965, las Fuerzas Militares de la República Dominicana deponen la Junta de Gobierno, que aparentemente trataba de perpetuarse en el poder en la personalidad dominante de Donald Reid Cabral. Sin em-

bargo, una vez en el Gobierno, las Fuerzas Militares se dividieron en dos tendencias opuestas, cuyos líderes más notables aparecen, después de algunas incidencias en el seno interno de cada corriente, personificados por el Coronel Francisco Caamaño por una parte, y en Antonio Imbert Barrera autor del magnicidio del Generalísimo Trujillo, por otra.

La situación inicial, en extremo confusa, no permitía apreciar el problema en su verdadera magnitud, ni calificar exactamente las tendencias políticas en pugna, cuyas cabezas se lanzaban entre sí dramáticas acusaciones.

La capital dominicana se convirtió en teatro de una cruenta lucha callejera y de sangrientas represalias de parte y parte. En tanto que el grueso de las Fuerzas Militares parecía seguir las órdenes del Coronel Wessin y Wessin, hombre fuerte del bando en apoyo de Imbert Barrera, un fuerte sector popular urbano se integró en el movimiento del Coronel Caamaño, lo que propició la infiltración de elementos extremistas que dieron a sus fuerzas un peligroso tinte de izquierda, materializado en fusilamientos masivos en la plaza de la Independencia, abaleos callejeros y milicias desenfrenadas que se adueñaron de buena parte de la capital bajo los gritos de "Libertad o muerte".

En tal situación, y en medio de oleadas de sangre y del furor ciego que acompaña las luchas intestinas, se hizo claro que la situación escapaba del control de los líderes, y que la nación dominicana se acercaba peligrosamente al caos total.

#### **La Intervención Militar Norteamericana.**

La Junta Militar de Gobierno que depuso el régimen de Reid Cabral, fue encabezada inicialmente por el Coro-

nel Pedro Bartolomé Benoit, quien con fecha 28 de abril dirigió al Embajador de los Estados Unidos una comunicación de gravísimas implicaciones cuya letra dice:

"Con respecto a mi anterior solicitud, desco agregar que las vidas de ciudadanos norteamericanos están en peligro, y que las condiciones de desorden público hacen imposible prestarles adecuada protección. Por lo tanto, solicito de usted intervención personal y ayuda para restaurar el orden en este país".

Los Estados Unidos no vacilaron en acudir al llamado del Jefe de aquel Gobierno, de facto, sin preguntarse dos veces si lo asistía autoridad legítima para demandar la intervención, ni pensar en que existe un organismo regional jurídicamente investido de facultades para enfrentarse con problemas hemisféricos. La protección de las vidas e intereses de sus ciudadanos, fue el argumento que acompañó el desembarco de la Infantería de Marina, pero una vez cumplida esta parte de la tarea inicial, los Marineros permanecieron en tierra, y fuerzas adicionales elevaron velozmente la fuerza de desembarco a extremos que pusieron en claro los verdaderos propósitos de la acción unilateral.

#### **Intervención de la OEA.**

Con la celeridad que le permitió su complicado mecanismo jurídico, la Organización de los Estados Americanos se puso en marcha, y el día 30 consiguió establecer una Comisión Especial integrada por representantes de Argentina, Brasil, Colombia, Guatemala y Panamá, con el fin de que se trasladara a la República Dominicana con propósitos de mediación entre las partes.

Tan sólo el 6 de mayo, la Décima Reunión de Consulta de los Cancille-

res Americanos convocada por el Consejo de la OEA, solicitó a los Estados Miembros el suministro de contingentes terrestres, navales y aéreos para integrar una fuerza combinada interamericana, con el fin de actuar en la nación afectada.

El 12 de mayo, Costa Rica y Honduras habían ofrecido sendos contingentes, y a lo largo de dicho mes acabó de conformarse una Fuerza representativa de la OEA, comandada por un General brasileño, y con un Jefe de Estado Mayor norteamericano.

La intervención militar, que en su etapa unilateral produjo incidentes entre las fuerzas norteamericanas y elementos dominicanos en armas, consiguió finalmente un "statu-quo" en la lucha, pero no parece hasta el momento haber producido soluciones políticas.

#### **Análisis del problema actual.**

Dentro de la natural confusión que ha acompañado el hecho político ocurrido en la República Dominicana, y la dificultad que de tal estado de cosas se deriva para configurar un concepto realista parece conveniente establecer los ángulos desde los cuales puede enfocarse la situación:

#### **Santo Domingo:**

¿Cuál es en verdad el Gobierno legítimo en este país? El régimen de procedencia democrática del Profesor Bosch, fue sustituido por un gobierno de facto el que, a su vez, fue derrocado por un golpe militar, del que surgieron dos cabezas empeñadas en prevalecer sobre la opuesta y sobre la tremenda confusión reinante. Ninguna cede. Cada cual se dice intérprete de la voluntad nacional, y mientras sobre la facción capitaneada por Caamaño caen epítetos de comunismo y extrema izquierda, sobre la que dirige Imbert

Barrera enfoca baterías el antitrujillismo que cree ver en él la prolongación de la dictadura ultraderechista.

#### **Los Estados Unidos:**

Nada más grave podría ocurrir para la estrategia política norteamericana que el surgimiento de un segundo régimen comunista en el Caribe. El impacto de esta probabilidad nada remota, no solamente estremecería la solidez mundial de su posición, sino resquebrajaría seriamente el frente interno por cuanto la opinión pública no perdonaría un fracaso semejante.

No es de extrañar que ante un predicamento de tamaño magnitud, no digamos el actual Gobierno de la Unión sino cualquier Gobierno, tendería a actuar al primer signo de peligro, y antes de que el deterioro de la situación pueda configurar un hecho cumplido que haga imposible la acción preventiva.

Aún hoy, pasadas varias semanas del hecho que dió lugar a la intervención, no se sabe con exactitud cuál es la fuerza que alienta tras la revuelta de Caamaño, o qué capacidad real tiene una posible tercera fuerza en acecho para saltar a la garganta de la República como acto final del caos que amenazaba consumirla.

Situados como observadores imparciales en el ángulo de visión del gobierno estadounidense, el panorama podría ser el siguiente:

— Un país inestable, dividido, presa de sectarismos irreconciliables, que se debate al borde del caos, del cual emerge con muy serias probabilidades de éxito el fantasma comunista, siempre dispuesto a cabalgar sobre el desorden y la revuelta.

— Ciudadanos norteamericanos en serio peligro, cuyo alcance describe en términos dramáticos un jefe de gobierno del país afectado. En tal situación, la presunta legitimidad de tal gobier-

no, pasa a ser problema secundario.

— Un organismo regional lento, pausado, propenso a las discusiones interminables y a las trabas académicas, si no a los desacuerdos de fondo sobre problemas vitales.

— Una estrategia propia nítidamente definida, con claros objetivos y una opinión pública interna que reclama su cumplimiento.

Frente a estos factores de impulso, el freno de los pactos hemisféricos. La sensibilidad de los países amigos de Latinoamérica. El posible rechazo de los aliados europeos.

Bien difícil era en tales circunstancias que la balanza permaneciera en su fiel. Tenía que inclinarse, y lo hizo bajo el peso de las más agobiadoras razones, en favor de la intervención.

#### **Latinoamérica:**

El hecho intervencionista ha venido a alterar súbita y violentamente toda una tradición de entendimiento y buena voluntad vecinal. Aunque en el fondo pueda existir un principio de comprensión sobre los motivos que precipitaron la acción unilateral de los Estados Unidos, la conciencia jurídica del mundo iberoamericano rechaza esta actuación que resquebraja gravemente el organismo regional, y sienta un precedente funesto para el porvenir.

La unidad americana, sin embargo, no se ha roto aunque sí se ha minado sustancialmente. Quizá el eslabón más fuerte de esta cadena, lo constituye la aceptación general de que el acto estadounidense no ha sido inspirado por un resurgimiento del imperialismo ya superado definitivamente, sino como un reflejo de autodefensa, que a la vez entraña un ánimo protectorio hacia todo el hemisferio. Sobre este sentimiento, el agrietado edificio puede aún repararse exitosamente.

#### **La Organización de los Estados Americanos:**

Ha sido, además de la República Dominicana, la entidad más afectada con la intervención armada unilateral. No fué fácil integrar en el pasado este organismo, superando recelos, antagonismos, suspicacias y cicatrices no del todo cerradas de viejas heridas lacerantes. Una vez integrado, sus debilidades y desacuerdos han puesto en duda su eficacia. Sin embargo, y a pesar de los obstáculos la OEA era todavía un símbolo de buena voluntad y cooperación continental, y un organismo al cual se recurría invariablemente en los momentos de ansiedad hemisférica.

De súbito, sin aviso previo a las naciones amigas y en un aparente menosprecio de convenios y acuerdos que formaban ya toda una tradición, el socio más poderoso de esta firma no del todo consolidada se lanza por su cuenta a una empresa de riesgos extremos, que hace vacilar todo el andamiaje.

La emergencia dominicana, suficiente por sí misma para alterar el pulso de América, alcanza en esta forma un estado febricitante. La Décima Reunión de Cancilleres abre un nuevo interrogante: ¿para qué la OEA, si en los momentos de tensión y angustia, el organismo se deja de lado, y un Consejo improvisado despacha una comisión representativa al lugar del conflicto, solicita fuerzas, arbitra recursos, asume en una palabra el control de la situación, prescindiendo virtualmente del instrumento previsto con carácter permanente para manejar los problemas continentales?

#### **Síntesis final:**

A medio camino aún dentro de la encrucijada, sin soluciones a la vista, no parece muy indicado formular pronósticos sobre el saldo que habrá de

dejar este enrevesado asunto para cada una de las partes interesadas en él y para el conjunto americano.

Sin embargo, ciertos indicios tienden a configurar el siguiente criterio, del cual no puede descartarse una base adivinatoria, un condimento de buenos deseos, algo de conjetura, y una última parte de simple razonamiento deductivo:

— La Organización de los Estados Americanos requiere una revisión de fondo en su estructura, su entidad jurídica multinacional, el alcance de su autoridad y la operancia de sus procedimientos. De lo contrario, su vacilante edificio bien puede desplomarse definitivamente, o reducirse a la condición de un anciano venerable y decrepito, digno de un compasivo respeto pero carente de autoridad, eficacia y significado vital.

— Los Estados Unidos bien podrían reflexionar un poco en el necesario balance entre los factores de poder, por una parte, y los imponderables que gravitan poderosamente sobre la política mundial. La posesión de la fuerza no es en todos los casos la mejor consejera para la acción, pues se corre el riesgo de usarla sin suficientes razones, o exagerar su importancia dentro de los recursos totales de la diplomacia, que no es otra cosa que la estrategia política llevada al campo de la acción.

— Los países latinoamericanos deben adquirir una conciencia más exacta de los peligros que acompañan la inestabilidad política que, con muy contadas excepciones, constituye el denominador común de sus Estados. La era de las luchas revolucionarias halla en estas naciones de incipiente desarrollo e inmadurez política, factores explosi-

vos de potencia muy acorde con los nuevos alcances de la energía nuclear. Las clases dirigentes no pueden subestimar este riesgo omnipresente, ni desatender el llamado a la reflexión y a la cordura que emana con voz angustiada de la crisis dominicana.

— Las facciones que se disputan el poder en Santo Domingo, habrán de ceder gradualmente en sus pretensiones para hallar una solución nacional, que las fuerzas de la OEA no pueden imponerles por no ser esta su función. Esta milicia interamericana, por primera vez puesta en actividad, es apenas un dique de contención, un elemento aislante sin poder ni facultades para producir soluciones políticas. En esta forma, la actitud recalitrante no puede subsistir indefinidamente. Urge un acuerdo que permita la libre expresión de la voluntad popular para conformar un nuevo gobierno y hallar salida a este callejón de atascamiento.

Por último, el organismo militar combinado que se ha hecho presente en la República Dominicana, constituye un episodio que se añade a los de Corea, Canal de Suez, Congo y Chipre, para demostrar con sobradas razones que la naturaleza de determinados conflictos continuará implicando la intervención de fuerzas semejantes con claros propósitos de mediación y de paz. Por lo tanto, y como corolario inevitable, se requiere la organización permanente de los esqueletos de mando y apoyo, y la disponibilidad en los países miembros de las Naciones Unidas y entidades regionales como la OEA, de contingentes determinados, listos para intervenir bajo convocatoria legal, y previo acuerdo del país oferente en cada situación particular.